

La sociedad al diván

Lógica y potencia transformadora de los colectivos sociales

La doctora Ana María Fernández, grado cinco de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires (UBA), presentó en Uruguay su último libro, *Las lógicas colectivas*. Por años, el eje central de su trabajo ha sido cómo el psicoanálisis puede abonar para pensar lo social, sin psicologizar. *la diaria* conversó con la psicoanalista sobre la compleja relojería de los dispositivos de vulnerabilización social, el concepto del diferente, la capacidad de los colectivos de desmentir realidades insoportables (como la de ser explotados en fábricas de lógica capitalista) y el poder de la imaginación a la hora de correr los bordes de lo posible y producir una invención social.

“Hay muchos elementos al interior del psicoanálisis, tanto freudiano como lacaniano, que pueden ser instrumentos magníficos a la hora de pensar los problemas de una sociedad.”

Ana María Fernández. □ foto: ricardo antúnez



“Me parece que ése es el desafío del siglo XXI: cómo se reformularán los modos de luchar, qué hay que inventar para esta época, porque si no el progresismo es un discurso sin energía.”

-¿Qué la trajo a Uruguay?

-Estoy acá porque la Facultad de Psicología de la Udelar tuvo la amabilidad de ofrecerme presentar aquí mi último libro, *Las lógicas colectivas*, que trata de cómo pensar la relación -dicho en términos antiguos- entre lo psíquico y lo social. Digo en términos antiguos porque eso presupone que existen disciplinas que estudian lo psíquico y otras que estudian lo social, y luego hay que ver cómo se conectan. Ésa es la tradición, que llegó a un *impasse*, a un *cul de sac*, porque una vez que separaste las áreas te pasás haciendo puentes y siempre quedás atrapado en una lógica binaria y en criterios de unidisciplinas; y me parece que en este momento tenemos que pensar desde otros paradigmas conceptuales: más que en unidisciplinas, debemos pensar en criterios transdisciplinarios, distintos de interdisciplinarios. Un criterio interdisciplinario es que distintas profesiones, distintos territorios de trabajo se junten con un espíritu democrático a intercambiar, pero cada cual desde su disciplina, por lo cual vos tenés un momento

donde, por más buena voluntad que haya, se produce un diálogo de sordos: si sos economista pensás que lo que mueve el mundo es la economía y si sos psicoanalista pensás que lo que mueve el mundo es el deseo. ¿Y cómo se juntan el deseo y la economía? Es imposible. La idea es que cuando se junten distintos marcos conceptuales, en ese proceso de trabajo en equipos conjuntos cada cual se lleve preguntas de sus certezas. Si no hay pregunta de tu certeza en tu campo disciplinario no podemos avanzar en ver, por ejemplo, cómo van cambiando las subjetividades con la época.

-Por eso usted hace referencia a “una moral de la incomodidad”.

-Sí, exactamente, es un pensar incómodo. Y eso viene de una frase muy bella de Merleau Ponty que retoma Michel Foucault y que decía que un intelectual debe tener un pensamiento de la incomodidad, no quedarse acomodado a las certezas que su disciplina le ha dado. Por eso Foucault convoca a una moral de la incomodidad, que me parece imprescindible a la hora de pensar las realidades en países como los nuestros con una distribución muy injusta de la riqueza, pero no sólo de la riqueza económica sino de la riqueza simbólica, de la riqueza erótica si pensamos en los géneros, o de la normalidad heterosexual. Hay toda una cantidad de cuestiones que han sido pensadas como la diferencia, el diferente. ¿Quién es ese diferente? Es uno que no es un varón, blanco, heterosexual, cristiano y propietario. Todo el que esté por fuera de eso es un diferente, por lo tanto, amenazante. Un libro que escribí hace muchos años -se llama *La mujer de la ilusión*- toma esta cuestión en el tema de género específicamente; allí yo decía que el diferente siempre es pensado como inferior, peligroso o enfermo. Mirá cómo ahora los inmigrantes en Europa son vistos como amenazantes. Un pobre en Argentina es sospechoso de ser delincuente, un joven es sospechoso de ser un adicto a las drogas, una mujer tiene menos capacidades que un varón, y así podríamos seguir.

-¿Cómo se construyó ese imaginario social del “diferente” y qué tanto se puede modificar su herencia?

-Ese imaginario ha sido construido como parte de las estrategias geopolíticas de dominio, de subordinación de esos diferentes por una cultura hegemónica. Y esto es imprescindible para la reproducción de la lógica capitalista, más en esta época llamada de imperio. ¿Cómo se puede cambiar? Es un tema muy complejo que no depende sólo de los intelectuales que piensen la diferencia. Cada cual desde su lugar puede tener cuestiones que aportar si tiene el anhelo, la voluntad política de una sociedad más justa. Entonces, no sé cómo están ustedes pero en nuestro país hay demasiada gente por debajo de la línea de la pobreza. Está bien estudiar (como estudia el psicoanálisis) los grafos del deseo, pero también hay que pensar cómo es la articulación entre los grafos del deseo y los grafos de la pobreza. De lo contrario, podemos hacer interesantísimas cuestiones conceptuales, profesionales, pero desde el punto de la psicología y el psicoanálisis hay una cuestión que me parece estratégica que es no psicologizar lo social: trabajar lo social sin psicologizar. Hay un doble movimiento por el cual, en los 50 o 60 años que el psicoanálisis lleva en nuestras tierras, hay una idea de que se puede explicar los problemas sociales con una causa psíquica. Se tiende a pensar que si estás desempleado es porque no sabés pelear en la adversidad por algún posicionamiento subjetivo, de tus identificaciones tempranas, de tu posicionamiento edípico que te lo impide.

-Como si a las personas les faltaran años y no existiera un entorno.

-Exacto. Pero por razones que tienen que ver con la historia familiar, con la construcción de su psiquismo; es decir, que tenés un problema individual y lo tenés que resolver individualmente, yendo a un dispositivo individual. Me parece que el psicoanálisis tiene muchísimo que aportar. Yo no puedo pensar nada sin psicoanálisis pero sólo con psicoanálisis puedo pensar muy poco. Si vos querés, está muy bien contar los pobres, hacer el mapa de la pobreza, pero si no ves cómo son los problemas subjetivos de esos pobres...

-En tu trabajo es importante el enfoque cualitativo pero, ¿es posible detenerse en la vida de cada una de las personas?

-También hay subjetividades colectivas, por decirlo así. No es lo mismo cómo se construye la subjetivación de una colectividad rural que de una urbana. No es lo mismo la subjetivación de los pueblos originarios que de los que vienen de los barcos. El psicoanálisis tiene mucho que aportar si se interroga por la causa psíquica. No olvidemos que también habla de la posibilidad del sujeto de establecer esperanzas colectivas, creencias de cualquier orden; allí está hablando de una capacidad de ese sujeto de deseo de desmentir -hablando ya en jerga- realidades insostenibles. Instalar una creencia. La creencia de un mundo más justo lleva a acciones por eso. Pero es a partir de no poder soportar eso insostenible, que está a la vista. Cuando algunos psicoanalistas dicen que la capacidad de desmentir realidades insostenibles es porque el niño desmiente la castración materna, etcétera... Yo diría que no. Ahí está el reduccionismo a un psiquismo familiarista. No olvidemos que la propia teoría psicoanalista plantea que el inconsciente nunca es individual. Freud decía: toda

psicología es psicología social. Lacan habla de un inconsciente transindividual. Cuando Lacan dice que nacemos en un baño de lenguaje está diciendo que no hay modo de armar tu psiquismo que no esté impregnado de los elementos que la cultura da. Lo mismo cuando habla de la cuestión del Amo o la conformación del lazo social; por lo tanto hay muchos elementos al interior del psicoanálisis, tanto freudiano como lacaniano, que pueden ser instrumentos magníficos a la hora de pensar los problemas de una sociedad, a condición de no reducir los problemas de esa sociedad a los problemas de la causa psíquica. Entonces, puede hacer aportes muy interesantes pero necesita ser interpelado, y las instituciones psicoanalíticas no suelen tener el hábito de ser interpeladas.

El Che y la virgen de Luján

-Usted ha investigado experiencias de reconstrucción desde lo colectivo en fábricas que subrepticamente quedaron sin patrón. ¿Qué fue lo más remarcable de esa experiencia?

-En diciembre de 2001 en Argentina, en medio de los cacerolazos y la caída del gobierno, estábamos trabajando en una investigación sobre vulnerabilidad social. En realidad hay que decir "vulnerabilización", porque no es un hecho de la naturaleza la vulnerabilidad de un grupo social sino que son dispositivos de vulnerabilización, como diría el lobo de Caperucita, "para comerte mejor". En ese momento tuvimos un mérito que fue salir inmediatamente a la calle a hacer la investigación. Esto no es habitual en la investigación universitaria. Acá la investigación y lo que acontecía se producían al mismo tiempo, fue un desafío metodológico muy grande. Fue una experiencia increíble porque las fábricas sin patrón (que existen y avanzan en su producción y van creciendo) no eran comandadas por obreros que provenían de un ideario autogestivo, de democracia directa y horizontalidad. Digamos que no venían de familias anarquistas. No tenían la menor idea de eso. Simplemente se quedaron en la fábrica, la tomaron esperando que el patrón viniera a pagar el salario y el patrón se había ido a Miami. Entonces empiezan a deliberar entre ellos qué se puede hacer. Y el no ser delegativos, el renunciar a la representación de los partidos o de los sindicatos tuvo que ver con que los habían traicionado tanto que ya no creían más que en ellos mismos, en ese grupo de compañeros que hacía más de 20 años que trabajaban ahí. Y surge la autogestión: todos hacían todo porque había que sacar eso adelante. Las discusiones políticas que en la universidad dan lugar a siete agrupaciones ahí no podían ser porque con uno que se bajara no salía el proyecto. Entonces aprendieron a consensuar: a ellos, si votan, les parece que fracasó la asamblea. La asamblea trata de llegar a acuerdos por consenso. De ese modo horizontal, sin jerarquías, con una asamblea de una potencia increíble, se fue armando un estilo de construcción política. Fueron inventando una nueva fábrica y se fueron reinventando ellos y ellas. Porque ellos ni imaginaban que podían hacer todo lo que pudieron hacer. Escribimos un libro sobre eso que se llama *Política y subjetividad* y ahí lo que decimos -porque la izquierda en Buenos Aires empezó a discutir si eso era reforma o revolución, las cosas típicas ¿no?- es que en realidad ellos corrieron los bordes de lo posible. Imaginaron que podían hacer algo que diez días antes no hubieran imaginado jamás que podían hacer.

-¿Y qué imaginaron?

-Entonces mirá que interesante: lo primero que rompen es la disciplina fabril, que es férrea en la fábrica clásica. Se dice en la lógica capitalista que la disciplina es para lograr eficiencia y eficacia en la productividad. Ellos rompieron la disciplina fabril: comían todos juntos, escuchaban música, engalanaban los talleres con dibujitos que sus niños les hacían, mezclaron al Che Guevara con la estampita de la virgen de Luján, y la productividad no disminuyó. Entonces, ¿para qué está inventada la disciplina fabril? Está inventada como estrategia biopolítica de dominio: aislando, fragmentando, porque si hay algo que la derecha siempre supo es que un colectivo en acción tiene una potencia transformadora que hay que evitar a toda costa para que el resorte de poder esté en el patrón, los gerentes, los capataces, etcétera, ya sea en una pequeña fábrica o en una empresa transnacional. Entonces, el capitalismo es muy sabio en ese sentido, sabe muy bien qué necesita para su reproducción.

-¿Por qué se suele pensar que lo colectivo es complicado, difícil, casi imposible? ¿Y qué pasa hoy en día con esas fábricas recuperadas?

-Porque confiamos más en la pantalla de nuestra computadora que en reunirnos con otros. Las fábricas recuperadas siguen. Hay un momento en que esa imaginación colectiva inventa algo impensable hasta ese momento. Al mismo tiempo que inventan otra fábrica y otro modo de ser obreros, los asedios a esa imaginación son permanentes.

-¿De dónde provenían los mayores asedios?

-Del Estado, queriendo que todas las cooperativas fueran iguales y poniéndoles trabas burocráticas de todo tipo; de los partidos políticos clásicos, que querían embanderarlos; de los partidos de izquierda, que iban a cooptarlos y a bajar la línea de su partido buscando que las obreras y los obreros hicieran lo que ellos querían. Pero ellos los echaban porque sólo confiaban en ellos mismos. Entonces pudieron armar un sistema muy original. Ahora, con el tiempo, fueron armando formas de organización más

estables, pero tienen una profunda convicción de que la que decide es la asamblea. No hay dos fábricas iguales pero la mayoría optó por mejorar sus salarios, redistribuir para ganar mejor todos, reinvertir en vez de retirar el excedente. Y te dicen cosas que te parten la cabeza: por ejemplo, que no quieren ser obreros ricos sino obreros bien pagos. En la potencia colectiva rompieron con un sentido establecido: la fábrica tiene que tener patrón, gerente, plusvalía, disciplina... Al quedar libre esa potencia pudieron armar nuevos sentidos y nuevas prácticas. Inventaron. Ésa es la capacidad de invención que tiene (si querés decirlo en un lenguaje muy antiguo) la mente humana. De lo contrario cada uno se habría ido a su casa a emborracharse porque se quedó sin empleo. Lo que a mí me apasiona es que pudimos detectar cómo se produce una invención social. Ahora, si lo querés hacer como receta no sirve, porque no hay cómo saber para dónde desliza un significante. Eso, que fue genuino, generó un verdadero acontecimiento. Por ejemplo, una gran manifestación popular, pero si después lo querés repetir, sólo podés hacer una marcha con militancia rentada.

Galpones vacíos -Usted decía que la fragmentación identitaria y de las instituciones provoca la vulnerabilización. ¿Qué cosas hacen que una determinada población sea vulnerable?

-Habría que ver qué población, porque para cada población...

-¿No hay patrones que se repiten?

-Hay patrones que podríamos encontrar generales en la producción de estos sujetos pasivos, por así decirlo. Pero el poder es mucho más amplio de lo que imaginamos y para cada grupo social tiene estrategias específicas de cómo vulnerabilizarlo. Ahora, cuando digo el poder no me refiero a cuatro señores malos. Foucault hablaba de estrategias sin estrategia. Para quienes venimos de la izquierda es natural pensar en clases sociales, entonces, a las clases sociales trabajadoras se las vulnerabiliza con salarios bajos, precariedad y flexibilidad laboral. Pero entre esa clase trabajadora y los ricos de toda riqueza hay un montón de otros sectores sociales, ¿no?, a quienes se los fragiliza de muy diversas maneras. Hay modos de fragilizar jóvenes, mujeres de clase media, mayores.

-¿Cuáles son los modos de fragilizar jóvenes por ejemplo?

-Para cualquier joven hoy, salvo que pertenezca a las familias de extrema riqueza y pueda hacer sus posgrados en las mejores universidades del primer mundo, la estrategia más fuerte de fragilización es dejarle muy claro que nunca va a tener un trabajo que no sea un trabajo chatarra, que el mérito de estudiar y trabajar no le garantiza una vida digna. Entonces se instala un eterno presente precario.

-¿Y cómo se instalan esas creencias?

-Están en todo el entramado social y en las prácticas, porque los imaginarios no son sólo ideas: son prácticas concretas. Estos chicos ven que si la generación de sus padres fue de hijos de inmigrantes que llegaron a la universidad, hicieron una profesión y un bienestar, ellos no van a ganar más que sus padres sino menos. La movilidad social en Argentina fue ascendente desde el primer gobierno peronista de los 50 hasta más o menos el menemismo, hoy la movilidad social es descendente; en las capas medias es tal vez donde se puede ver con más claridad. A los obreros pobres se los fragiliza con expulsión social, no ya con exclusión social: son los caídos del mapa. Los que se cayeron del mapa en los 90 difícilmente vuelvan a subir al mapa. A las clases medias, fragilizando a sus hijos, con lo cual la posta generacional se quiebra. Esos jóvenes están en la vida de la inmediatez y el aislamiento, en donde no hay por qué conversar con el de al lado. Nosotros en la facultad hacíamos política, conseguíamos novio, hacíamos programa para ir al cine, toda la vida social nuestra funcionaba en la facultad. Ellos en la facultad no hablan con nadie, no hay nada que hablar con el semejante, sí con la computadora y el chat. Eso es un nivel de fragilización fatal. Al mismo tiempo podemos decir que por lo menos tienen el chat, si no estarían todos esquizofrénicos y autistas.

-¿Es tan así?

-Yo creo que Uruguay tiene una sociedad más conservada que la argentina. En Buenos Aires hay un nivel de aislamiento en las personas muy grande. Yo escribí en 1999 un libro que se llamó *Instituciones estalladas*, con todo un equipo de cátedra. Le pusimos así porque decíamos que no es que estallaron las instituciones como el Mayo Francés decía que iba a ser, sino que siguen las mismas pero están vaciadas por dentro. Cuando algo estalla se rompe, no sirve, entonces hacés algo nuevo. Lo que decimos es que son estalladas. Esto es peor, porque todo sigue aparentemente igual. El Estado sigue pero es un galpón vacío. El Estado deja caer, ya no hace genocidio de Estado, no se reprime en sentido directo como en dictadura, simplemente se deja caer. Es otro modo de genocidio. El amor es otra institución estallada.

-¿Se refiere a la pareja?

-La pareja amorosa, la pareja sentimental que va a formar una familia para tener hijos y demás. Todo parece igual: nos casamos hasta que la muerte nos separe... varias veces. La institución creada para un cierto fin, que es la crianza de los hijos, por los cambios de la sociedad ha llegado a una especie de

cosa medio absurda, porque está basada en la pasión sexual, que es lo más efímero que tenemos... la institución que más debe durar.

-¿Cómo se sorteian esas contradicciones?

-Hay que aguzar la imaginación para encontrar las encerronas que tuvieron generaciones anteriores y encontrar otras vías superadoras. Para eso es necesario que las generaciones más jóvenes hayan hecho carne que pueden transformar su realidad sin necesidad de las grandes revoluciones.

Siempre es posible mejorar las condiciones existenciales en las que vivo, si tengo esa voluntad de transformar, con otros. Son cuestiones de suma complejidad que el social histórico no las ha resuelto ni en el primer mundo ni en el tercero, ni en el cuarto.

-¿Y cómo afecta a la población universitaria el discurso de fragilización, que lleva a la "pasividad"?

-En los 90, menemato en pleno, empezamos a observar que los estudiantes de psicología no hacían escenas de trabajo profesional de después de recibidos, y nos preguntamos qué era esa ausencia.

Ellos no podían ilusionar futuro profesional porque en algún remoto lugar de su inconsciente sabían que no lo tenían. El dispositivo de fragilización arrasaba con la capacidad de imaginar. En esa realidad feroz, perder la potencia imaginante hacía que tuvieran mucho menos chance de armarse un futuro profesional. Lo que vemos es que en las situaciones de crisis, cuando no se arma una respuesta colectiva, política, social, cultural, la gente va quedando cada vez más desamparada. En algunos casos mantiene la ilusión de un Estado que ampare; en otros, queda librada a la buena de Dios. Para éstos hay políticas de Estado tendientes a recapturarlos cada vez más fragilizados y por lo tanto incorporados a la producción en condiciones más leoninas. Son estrategias que pueden ser genocidas; cuando digo que son geniales no es que las admire sino que son de una relojería muy eficaz. Hay una idea muy bella de Cornelius Castoriadis: dice que el capitalismo no es ahora más feroz que antes; siempre es feroz porque su única lógica es la reproducción del capital: a menor inversión, mayor ganancia, sea capital local o global. Siempre operó así el capital. Desde el siglo XII todo lo democrático se ha producido a través de luchas. Lo que ahora sucede no es que sea más feroz: es que no hay luchas para arrancarle conquistas democráticas. Me parece que ése es el desafío del siglo XXI: cómo se reformularán los modos de luchar, qué hay que inventar para esta época, porque si no el progresismo es un discurso sin energía. Vos tenés tus declaraciones de principios y tu ética, que es mejor tenerla que no tenerla, pero es estéril si no se renueva. Muchos progresistas están adheridos a las viejas consignas, entonces no podemos pensar lo que esta nueva realidad exige. Creo que el progresismo todavía no encontró nuevas reformulaciones, o cae en populismos, o toma opciones socialdemócratas de administrar la pobreza. Habrá que seguir pensando para ver cómo se producen nuevas invenciones colectivas. Foucault decía: donde hay poder hay resistencia; habrá que ver cómo las jóvenes y los jóvenes, hoy y mañana, pensarán cómo resistir a estas estrategias biopolíticas. ■

Silvana Silveira